

Feminista y vulnerable ¿por qué no?

por Seyka Sandoval

Desde la perspectiva de la mujer de clase media, el feminismo parece algo políticamente correcto, aunque lejano. No he sido violada, mutilada, vendida por ganado, no estoy subordinada a mi pareja y gozo del empoderamiento burgués que me da mi nivel educativo y mi ingreso por actividades profesionales. Como feminista, creo en la equidad y simpatizo con las demandas de los movimientos de la comunidad LGBTTI, ambientales, indígenas, por los derechos humanos, etc. Trabajo duro y busco ser consciente de mi misma, de mis debilidades y los retos que enfrento en el camino con el objetivo de honrar la lucha que implica mi condición de género.

Soy una profesionista responsable, tengo una relación de pareja, sostengo un círculo de amistades, quiero ser mamá, soy hija y hermana y estoy cansada, muy cansada.

Los estándares que son impuestos a mi generación superan con creces mis energías, mis tiempos y mis deseos. La escasez de oportunidades me obliga a competir con mis colegas y amigas, a postergar mi maternidad, a experimentar diversos horarios que me permitan “estar en equilibrio”. Gracias a que he renunciado a la moda y el maquillaje, he ahorrado tiempo y horas de terapia respecto de “lo bello”; sin embargo, la exigencia por estar en buena forma y cuidar mi salud –porque estoy bombardeada por el miedo de que todos los alimentos tienen hormonas y provocan cáncer– me hace pasar tiempo frente a la computadora investigando dietas saludables, recetas vegetarianas y orgánicas, además de emplear la hora reglamentaria de ejercicio, de un ejercicio que se ha convertido en culpa, como todo lo demás.

Debo estar alerta todo el tiempo. Alerta de mi relación de pareja evitando procesos implícitos de subordinación, de codependencia, de victimización; alerta en mis relaciones profesionales, de propiciar la equidad entre colegas, de reprender los comentarios y chistes misóginos; alerta en mi familia, educar a mis hermanas menores, ponerlas en alerta. ¿Acaso podría perdonarme caer de manera inconsciente en alguna situación de abuso de cualquier tipo por mi condición de género?

He pasado demasiado tiempo exigiéndome estar a la altura, sobresaliendo, intentando hacer las cosas en un contexto de equidad, marcar ejemplo, ser solidaria con los demás, con las demás. He pasado mucho tiempo alerta, para no cometer errores, para no permitir que pasen sobre mí por el hecho de ser mujer, he pasado demasiado tiempo siendo fuerte y evitando ser vulnerable, y estoy exhausta.

En el camino por evitar verdugos me he convertido en el mío, he alimentado mis

exigencias y el miedo me ha lastimado, me he castigado a mí misma de formas insospechadas. No permito errores ni descanso, cuando rendida me desplomo y me siento a ver el televisor me siento “floja”, o bien sólo descanso cuando estoy enferma de una gripe terrible a fines de semestre, no me permito vulnerabilidad cayendo así en el más grande de los absurdos.

Como muchas mujeres de clase media con estudios universitarios, vengo de una familia de mujeres fuertes, incansables, guerreras, que convirtieron el dolor en energía, que se secaron las lágrimas y se levantaron a trabajar, así pues, fueron capaces de darme –acompañadas o no de sus parejas– un mejor contexto, uno en el que pude estudiar, viajar lejos de casa, un contexto en el que puedo descansar, pero no debo ¿o sí?

Las mujeres de mi vida son grandiosas e incasables, y descansarán cuando mueran. Yo no quiero descansar cuando muera. Quiero hacerlo ahora, quiero trabajar en un horario adecuado que me permita tener una familia y tiempo libre, quiero una pareja que al igual que yo, goce del ocio y comparta conmigo y con nuestros hijos, y quiero dejar de sentirme culpable por tener deseos tan intrascendentes y burgueses, queriendo jugar “a la casita”.

Quiero renunciar a mi pasado, a lo que el pasado me enseñó, pero no quiero olvidarlo, sólo dejarlo ir. Quiero abrazar un nuevo contexto en el que la competencia sea solidaridad y empecemos a cambiar, desde abajo y desde el feminismo, el discurso productivista de la mujer moderna. Quiero dejar de preocuparme por ser eficiente, estar sana y actualizada profesionalmente, coyunturalmente y culturalmente. Quiero pasarme un día entero horneando pasteles y el otro, leyendo Historia Universal. Quiero convocar a mis compañeras a una nueva cultura: la de la vulnerabilidad. La vulnerabilidad como una forma del ser, de aceptar la fragilidad y finitud humana como un hecho y no como una debilidad.

En la cultura de la vulnerabilidad lo primero que podríamos aceptar es la muerte y la simplicidad, y darnos cuenta que estamos bien, hay pan sobre la mesa y conciencia de nosotras mismas, nos vamos a morir un día, podemos enfermarnos por más ejercicio y dietas saludables que incorporemos, no tenemos el control de nada y somos parte de una totalidad infinita que lo único que nos pide es soltar, y seguir soltando en un proceso de apertura desde adentro hacia lo colectivo que nos vuelva a sensibilizar, a reconocer nuestro género como energía basada en un amor sensible y revolucionario que se entrega sin precauciones. Dejar de preocuparnos tanto por todo y de evaluar y cuestionar cada uno de nuestros pasos.

Aceptar nuestro pasado y re-sensibilizarnos, sólo así podemos re-entender lo que la tierra y nuestras hermanas nos demandan. La sensibilización entraña el reconocimiento de nuestros ser como ser-humano, desafía nuestra cosificación,

no sólo como fuerza de trabajo sino como objeto sexual moderno, que suma presiones en la dupla “hermosa e inteligente” como una característica de éxito. Sensibilizarnos implica el abrazo de la unicidad como superación del estereotipo en un contexto de colectividad heterogénea y horizontal. Aquí la aceptación del pasado nutre la experiencia, pero supera el apego y permite la construcción de nuevas ideas aceptando nuevas realidades. El feminismo sensible no supera a uno insensible, pues no califico así a la lucha feminista, sino que contribuye a la transformación de esta lucha reconociendo la importancia de nuevos contenidos, y nuevas realidades que son resultados propios ligados a las acciones pretéritas por la equidad de género. Aceptar el pasado y re sensibilizarnos desde el feminismo, implica reconocer, por ejemplo, que no somos nuestras madres y abuelas incansables, que la lucha ahora es diferente.

Paremos un momento, cuidémonos las unas a las otras, así será más fácil ver hacia la acera de enfrente, salir de nuevo a las calles a impulsar una nueva cultura del feminismo, un feminismo sensible, que reivindica la vulnerabilidad de la mujer como su mayor fortaleza y no como la debilidad a mutilar o esconder. La vulnerabilidad nos permitirá ser sensibles de la alienación que compartimos con el género masculino, de la prisa, del más es mejor; al ser vulnerables el sentimiento será el que marca la pauta imponiendo freno a la cultura del *trabajo y luego existo*, reconfigurando el empoderamiento de hombres y mujeres a través de sentimientos que nos identifican como seres humanos y no como recursos humanos.

Nos permitiremos llorar, reír, ser sexuales, caer, ruborizarnos, tener miedo, no tenerlo, explorar, carcajearnos, ser intensas, melancólicas, ser humanas. Viviremos el sentimiento y la emoción como un acto de libertad y empoderamiento, así educaremos hijos, parejas, hermanos y amigos, cansados de esconder su propia vulnerabilidad. Y cuando la humanidad acepte esta cultura de la vulnerabilidad, entonces abrazaremos las diferencias, y exigiremos que las condiciones se adapten a la humanidad y no al contrario. Mujeres de mi vida, no quiero estar cansada y sentir mi espíritu permanentemente mutilado, sustituyendo emoción por razón, aventura por prudencia, solidaridad por introspección viciada.

Mujeres de mi vida, es tiempo de hacer un alto en el camino. Las amo.